

AGOSTO

EVANGELIOS DOMINICALES Y CELEBRACIONES DE IGLESIA

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 6 de agosto de 2023. La transfiguración del Señor

Santo Evangelio según San Mateo 17, 1-9

Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, los llevó a una montaña muy alta a solas y se transfiguró en su presencia. Su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. En esto se le aparecieron Moisés y Elías que conversaban con Jesús. Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres hago tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”.

Aún estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió, y una voz desde la nube decía: “Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco, escúchenlo”. Al oír esto, los discípulos cayeron rostro a tierra, llenos de miedo. Jesús se acercó, los tocó y les dijo: “Levántense, no tengan miedo”. Al levantar la vista, no vieron a nadie más que a Jesús. Y cuando bajaban de la montaña, Jesús les ordenó: “No cuenten a nadie esta visión, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos”.



Evangelio
Mateo 17, 1-9

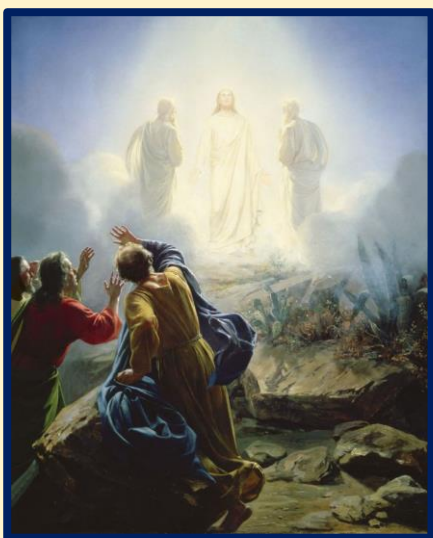
La Transfiguración. Atribuido a Marroso, Miguel. Segunda mitad del siglo XVI

Una reflexión para la vida de familia

Este capítulo del evangelio de Mateo comienza presentando uno de los grandes acontecimientos en la vida de Jesús, la transfiguración.

Vemos como “Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, los llevó a una montaña muy alta a solas”. Estos discípulos eran de su confianza, cercanos a Él, tuvieron la oportunidad de presenciar grandes señales que fortalecieron su fe, también lo acompañaron en momentos especiales tales como la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5:37) y la agonía de Getsemaní (Mt 26:37) y en esta ocasión están en una montaña, el monte Tabor, a solas con Él. Fue allí donde Jesús “se transfiguró en su presencia” mientras oraban, porque es en la oración cuando Dios se hace presente: “¡Yo le miro y Él me mira!, ¡Yo le hablo y Él me habla”. Los apóstoles vieron a Jesús con un resplandor que casi no se puede describir con palabras, pues “su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz”.

Los seres humanos estamos en constante cambio, transformación, renovación y esta característica de la esencia humana nos habla de esperanzas y de lo que hoy es nuestra desgracia y tragedia, mañana, de la mano de Dios, será pasado e historia, estamos hechos para transformarnos y brillar al modo de Jesús, transformando nuestra historia y la historia de quienes nos rodean, en una historia de amor y salvación para cada uno de nosotros. La Transfiguración es el llamado que, Dios Padre nos hace a cada uno de nosotros para que, por medio de la oración realice en nosotros una transfiguración interior que nos permita contemplar su divinidad con el fin de conocerlo y amarlo cada día más y que transfiguremos nuestra existencia en su Amor, y restituyamos la belleza del mundo en todo su esplendor



Transfiguración de Jesús. Carl Bloch. 1872

“En esto se le aparecieron Moisés y Elías que conversaban con Jesús”. Lucas nos aclara que Moisés y Elías *“hablaban del éxodo (partida) que Jesús iba a cumplir en Jerusalén” (Lc 9,31)*, la de morir en la cruz del calvario. La presencia de estas dos grandes figuras de Israel, que representaban a la ley y los profetas, era para confirmarle que estaba en el camino correcto, que se encontraba dentro del plan de Dios y para fortalecerlo en sus sufrimientos y muerte, lo que al mismo tiempo alentó y fortaleció la fe en sus seguidores.

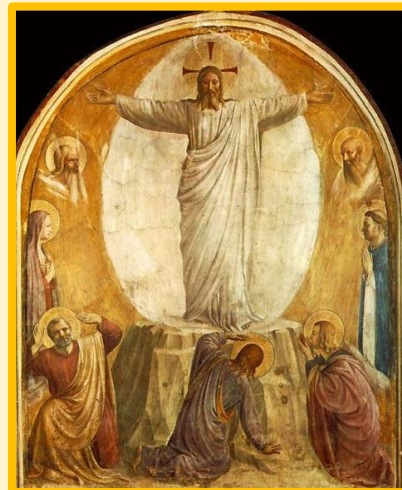
A Pedro le gusta el momento que está viviendo en la montaña junto a Jesús, Santiago y Juan *“y le dijo a Jesús: Señor, ¡qué bien estamos aquí!”*, queriendo asegurarse ese momento agradable en la montaña y se ofrece para hacer tres tiendas: *“Si quieres hago tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”.*

Pedro *“Aún estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió, y una voz desde la nube decía: Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco, escúchenlo”.* Este relato nos recuerda la nube luminosa, signo de la presencia de Dios, que acompañó de día a Israel durante su éxodo a través del desierto (Ex 13,21), era a través de esa nube que Dios se les manifestaba y se manifestó en esta oportunidad para para confirmar que Jesús estaba en el camino correcto y los invitaba a escucharlo *“Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco, escúchenlo”.* En la Biblia, el verbo “escuchar” frecuentemente equivale a “obedecer”. Lo que Dios pide a Pedro, Santiago y Juan y, a través de ellos, a todos los discípulos, es “poner en práctica” lo que Jesús enseña. Hoy el llamado a escucharlo-obedecerle sigue vigente, escucharlo-obedecerle aun cuando parezca que propone caminos demasiado comprometidos, estrechos y difíciles.

“Al oír esto, los discípulos cayeron rostro a tierra, llenos de miedo” y se postraron ocultando sus rostros poniéndolos hacia abajo en muestra de un temor reverencial a causa de la presencia de Dios.

Luego, “Jesús se acercó, los tocó y les dijo: Levántense, no tengan miedo. Al levantar la vista, no vieron a nadie más que a Jesús. Y cuando bajaban de la montaña, Jesús les ordenó: No cuenten a nadie esta visión, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos”.

“Al finalizar la experiencia maravillosa de la Transfiguración, los discípulos bajaron del monte con ojos y corazón transfigurados por el encuentro con el Señor. Es el recorrido que podemos hacer también nosotros. El redescubrimiento cada vez más vivo de Jesús no es fin en sí mismo, pero nos lleva a «bajar del monte», cargados con la fuerza del Espíritu divino, para decidir nuevos pasos de conversión y para testimoniar constantemente la caridad, como ley de vida cotidiana” (Papa Francisco. Ángelus, 6 agosto 2017).



Transfiguración. Fra Angelico. 1440-42

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Has vivido momentos de transfiguración y de intensa alegría?
Estos momentos ¿cómo te han dado fuerza en la hora de las dificultades?
¿Cómo puedo transfigurar, hoy mi vida personal y familiar?
¿Cómo puedo colaborar para transfigurar la vida comunitaria, en nuestro barrio o parroquia?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco, escúchenlo.

Mateo 17. 5

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 13 de agosto de 2023

Santo Evangelio según San Mateo 14,22-33

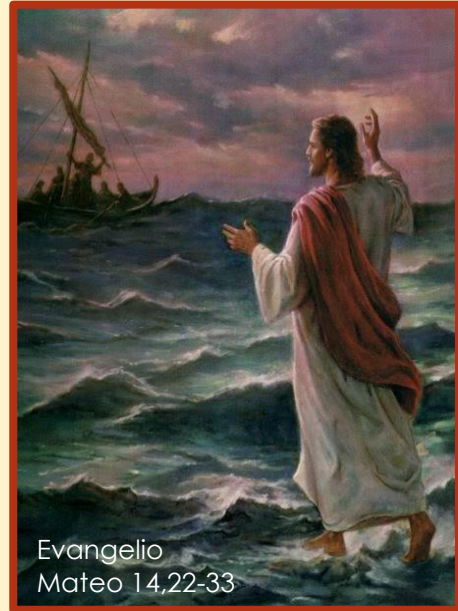
Después de la multiplicación de los panes Jesús hizo que los discípulos subieran a la barca y se le adelantarán a la otra orilla, mientras Él despedía a la gente. Después de despedirla, subió a la montaña para orar a solas. Al llegar la noche estaba allí solo.

La barca, que ya estaba muy lejos de la orilla, era sacudida por las olas, porque el viento era contrario. Antes de la madrugada, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago. Los discípulos al verlo caminar sobre el lago se asustaron y decían. “Es un fantasma.” Y se pusieron a gritar de miedo. Pero Jesús les dijo en seguida: “¡Ánimo! Soy yo, no teman”.

Pedro le respondió: “Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.” Jesús le dijo: “Ven.” Pedro saltó de la barca y, caminando sobre las aguas, iba hacia Jesús: Pero al sentir la violencia del viento se

asustó y como empezaba a hundirse, gritó: “¡Señor, sálvame!” Jesús le tendió la mano, lo levantó y le dijo: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?”

Subieron a la barca y el viento amainó. Y los que estaban en la barca se postraron ante Jesús, diciendo: “Verdaderamente eres Hijo de Dios.”



Una reflexión para la vida de familia

Este pasaje bíblico es uno de los más gloriosos de la cristiandad, Jesús caminando sobre las aguas. Se narra también en Marcos 6,45-52 y Juan 6,16-21 con algunas diferencias y sólo en Mateo se relata el intento de Pedro de ir hacia Jesús caminando sobre el agua. En estos versículos, Mateo nos muestra la autoridad que manifiesta Jesús sobre la naturaleza desafiando las leyes naturales al caminar sobre el agua, al hacer que Pedro camine sobre ella y finalmente calmando la tempestad.

En estos versículos vemos como, “después de la multiplicación de los panes Jesús hizo que los discípulos subieran a la barca y se le adelantarán a la otra orilla, mientras Él despedía a la gente”. El milagro de la multiplicación de los panes y los peces fue tan sorprendente que la multitud lo siguió, por eso Jesús envía a sus discípulos adelante para calmar a la multitud que veía en Él al mesías que los liberaría del poder de los romanos. “Después de despedirla, subió a la montaña para orar a solas. Al llegar la noche estaba allí solo”. Para Jesús era muy importante apartarse a un lugar solitario para orar, así lo relatan Lucas (5,15-16) y Marcos (1,35).

El relato continúa describiendo como “la barca, que ya estaba muy lejos de la orilla, era sacudida por las olas, porque el viento era contrario” lo cual había dejado “cansados de remar” (Mc 6,48) a los discípulos, es así como “antes de la madrugada, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago”.



Jesús camina sobre el agua. Aivazovsky, Ivan Konstantinovich (1817-1900)

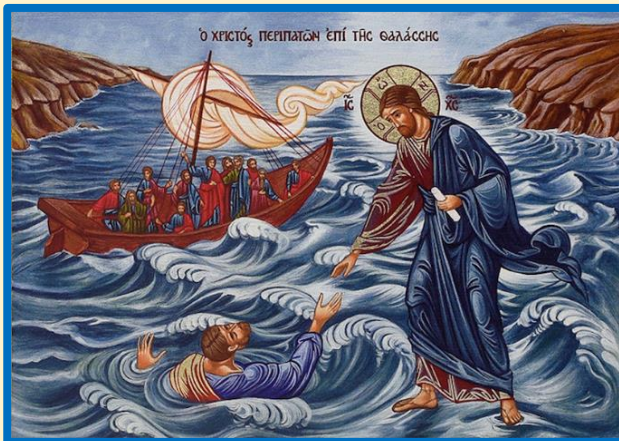
Seguramente estaba bastante oscuro lo que debió haber causado un ambiente de temor al verse agotados y frente a una tormenta que posiblemente los alejaba cada vez más de la orilla. Jesús al ver a sus discípulos en esas condiciones, decide ir a su encuentro. Este hermoso gesto de amor hacia sus discípulos lo tiene también con nosotros cuando nuestras fuerzas flaquean y sentimos que las tormentas de nuestras vidas nos arrastran impidiendo que sucumbamos.

Los discípulos al verlo caminar sobre el lago se asustaron y decían. “Es un fantasma.” Y se pusieron a gritar de miedo. Pero Jesús les dijo en seguida: “¡Ánimo! Soy yo, no teman”, alentándolos para crear en ellos confianza y tranquilizarlos. Es maravilloso tener la certeza de que en medio de la

adversidad y del cansancio propio de la dificultad, está Dios cerca nuestro para evitar que nos hundamos: “Si atraviesas las aguas, yo estaré contigo; en los ríos no te ahogará. Si pasas por el fuego, no arderás, la llama no te quemará” (Is 43,2). Esta promesa fue hecha para nosotros y debemos estar seguros que Jesús no permitirá que nos hundamos, independiente de la intensidad de la tormenta vivencial por la cual estemos transitando.

Entonces, Pedro le respondió: “Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.” Jesús le dijo: “Ven.” Pedro saltó de la barca y, caminando sobre las aguas, iba hacia Jesús: Pero al sentir la violencia del viento se asustó y como empezaba a hundirse, gritó: “¡Señor, sálvame!” Jesús le tendió la mano, lo levantó y le dijo: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?”. Vemos como la duda de Pedro lo comienza a hundir, sin embargo, se dirige a Jesús, con la conciencia plena de que lo salvaría. Del mismo modo, en la fragilidad de la duda, del miedo, de la incertidumbre, en la oscuridad de nuestra existencia, cuando parece que nos hundimos sin salvación ni esperanza, podemos recurrir a Jesús gritando: “¡Señor, sálvame!”, “¡Señor, sálvame!”. Y Jesús recurrirá a nosotros de la misma forma como lo hizo con Pedro tendiéndole la mano e impidiendo que se hundiera en las frías y tormentosas aguas de aquel día. Jesús nunca nos abandona y tiende la mano amorosa, fuerte y fiel de nuestro Padre, quien se rinde a nuestros gritos y fragilidad, porque lo único que busca es nuestra salvación como bien supremo. Todos, al igual que Pedro hemos dudado, nuestra fe muchas veces se ha visto debilitada por diversas razones y Dios lo sabe, y tal como Jesús enseña a Pedro y a sus discípulos a recuperarla y

fortalecerla, hoy también nos lo enseña a nosotros. Cuando Jesús iba a obrar cualquier curación (del parálítico, del leproso, del ciego de nacimiento, de la hemorroísa, la resurrección de la hija de Jairo, el siervo del centurión y en muchos otros más), la primera condición que pone es la de la fe y la confianza en Él. Y precisamente así termina este pasaje del lago: “Subieron a la barca y el viento amainó. Y los que estaban en la barca se postraron ante Jesús, diciendo: Verdaderamente eres



Jesús y Pedro en el agua. Ícono ortodoxo.

Hijo de Dios”. “Sobre la barca estaban todos los discípulos, unidos por la experiencia de la debilidad, de la duda, del miedo, de la «poca fe». Pero cuando a esa barca vuelve a subir Jesús, el clima cambia inmediatamente: todos se sienten unidos en la fe en Él. Todos, pequeños y asustados, se convierten en grandes en el momento en que se postran de rodillas y reconocen en su maestro al Hijo de Dios. ¡Cuántas veces también a nosotros nos sucede lo mismo! Sin Jesús, lejos de Jesús, nos sentimos asustados e inadecuados hasta el punto de pensar que ya no podemos seguir. ¡Falta la fe! Pero Jesús siempre está con nosotros, tal vez oculto, pero presente y dispuesto a sostenernos” (Papa Francisco. Ángelus 10 agosto 2014).

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Qué situaciones modernas pueden hacer que me sienta como Pedro en la actualidad?
- ¿Hay algo en mi vida que me cause miedo o que me haga sentir que me estoy hundiendo?
- ¿A dónde o a quién recorro normalmente en busca de ayuda y paz cuando me siento de esa manera? ¿Recorro a Jesús?
- ¿De qué manera puedo ayudarme, en situaciones difíciles, el centrar mi fe en Jesucristo?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

¡Ánimo! Soy yo, no teman.

Mateo 14, 27

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 20 de agosto de 2023

Santo Evangelio según San Mateo 15, 21-28

Jesús se fue de Genesaret y se retiró a la región de Tiro y Sidón. En esto, una mujer cananea procedente de aquellos lugares se puso a gritar: “Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David; mi hija vive maltratada por un demonio.” Jesús no le respondió nada. Pero sus discípulos se acercaron y le decían: “Atiéndela, porque viene gritando detrás de nosotros.” Él respondió: “Dios me ha enviado sólo a las ovejas perdidas del pueblo de Israel.” Pero ella fue, se postró ante Jesús y le suplicó: “¡Señor, socórreme! Él respondió: “No está bien tomar el pan de los hijos para echárselo a los perritos.” Ella contestó. “Es cierto, Señor, pero también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.” Entonces Jesús le dijo: “¡Mujer, que grande es tu fe! Que te suceda lo que pides.” Y desde aquel momento quedó sana su hija.



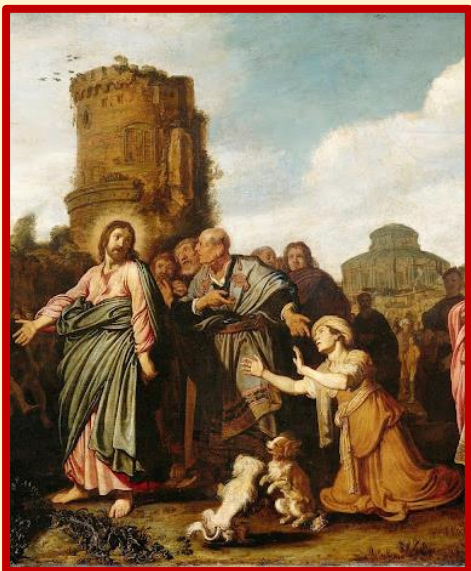
La mujer de Canaán. Michael Angelo Immenraet.
Siglo XVII

Una reflexión para la vida de familia

La historia de Jesús y la mujer cananea es una de las más conmovedoras en el Nuevo Testamento. El texto se encuentra en Mateo 15:21-28 y también Marcos 7, 24-30. Se nos habla de una mujer que buscaba la ayuda de Jesús para sanar a su hija, y cómo Jesús la puso a prueba antes de concederle su petición.

El Señor sale de Galilea y se dirige a la región limítrofe de Tiro y Sidón. “Jesús se fue de Genesaret y se retiró a la región de Tiro y Sidón”. En esta región, que en aquel tiempo era una parte de Siria actual, Jesús “entró en una casa y no quería que nadie lo supiera, pero no logró pasar inadvertido” (Marcos 7:24), pero rápidamente la noticia se divulgó y no pudo mantenerse oculto. “En esto, una mujer cananea procedente de aquellos lugares se puso a gritar: Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David; mi hija vive maltratada por un demonio”. Vemos como esta mujer cananea decidió recurrir a Jesús para obtener la salvación de su hija. Su petición expresaba su fe en Jesús y su desesperación ante un problema que nadie podía solucionar más que Él por medio de un milagro puesto que su hija estaba siendo atormentada por un demonio. Es probable que esta mujer haya acudido a sus dioses y oráculos sin obtener lo que buscaba, tal vez había recurrido a la medicina y otras disciplinas de la época sin obtener resultados frente al mal de su hija. En la vida hay ocasiones en que no podemos solucionar nuestros problemas, ya sea de salud, malas decisiones que nos han hecho descender a las profundidades de la desesperación y donde parece que nada tiene solución, es allí, donde descubrimos que

solo existe una solución, acudir a Jesús por un milagro, sabiendo reconocer desde lo profundo de nuestro ser, su poder y autoridad como hijo de Dios.



Cristo y la mujer cananea. Pieter Lastman (1617)

Frente a los gritos y la petición desesperada de la mujer, “*Jesús no le respondió nada*”. Es increíble ver la aparente indiferencia de Jesús ante la desesperada mujer, parece no escuchar los gritos de dolor, esto suscitó que “*sus discípulos se acercaron y le decían: Atiéndela, porque viene gritando detrás de nosotros*”. La mujer no se desanima, “*se postró ante Jesús y le suplicó: ¡Señor, socórreme!*”, insiste con una gran fuerza interior superando los obstáculos, sin duda el amor la mueve y nueve su fe, siendo su fe el premio del amor. Jesús queda admirado por la fe de una mujer pagana. Frente a esto “*él respondió*” con un proverbio: “*No está bien tomar el pan de los hijos para echarse a los perritos*”. Esta oración refleja el desprecio que los judíos sentían hacia los

paganos por contar con “*el pan de los hijos*” que los hacía creerse superiores. Pero, además, la oración está dicha en sentido irónico para ponerla a prueba y ver qué responde. Ella era extranjera, Jesús amplía su campo de acción y con esta experiencia va a demostrar que los extranjeros, “*los perros*”, pueden estar bien dispuestos y, por tanto, ser admitidos en la mesa de los justos, porque la fe los hace coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa que se cumple en Él por el evangelio: “*Todos los pueblos comparten la misma herencia, son miembros de un mismo cuerpo y participan de la misma promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio*” (Ef 3, 6).

La mujer vuelve a su favor la imagen empleada por Jesús respondiendo: “*Es cierto, Señor, pero también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos*”. Con esto ha quedado de manifiesto la fe de la cananea quien descubrió la bondad de Dios por medio de Jesús, tocando su corazón. Cada uno de nosotros tenemos nuestra propia historia marcada por heridas de diferente índole: dolores, angustias, desolación, problemas, abandono, injusticias, incertidumbre... pecados. Historia que podemos poner frente a Jesús para ser sanados diciéndole: “*Señor, si quieres puedes limpiarme*” (Mt 8,2).

“*Entonces Jesús le dijo: ¡Mujer, que grande es tu fe! Que te suceda lo que pides. Y desde aquel momento quedó sana su hija*”.

“*Esta humilde mujer es indicada por Jesús como ejemplo de fe inquebrantable. Su insistencia en invocar la intervención de Cristo es para nosotros estímulo para no desanimarnos, para no desesperar cuando estamos oprimidos por las duras pruebas de la vida. El Señor no se da la vuelta ante nuestras necesidades y, si a veces parece insensible a*

peticiones de ayuda, es para poner a prueba y robustecer nuestra fe. Nosotros debemos continuar gritando como esta mujer: «¡Señor, ayúdame! ¡Señor ayúdame!» ...Este episodio evangélico nos ayuda a entender que todos tenemos necesidad de crecer en la fe y fortalecer nuestra confianza en Jesús...Es importante alimentar cada día nuestra fe, con la escucha atenta de la Palabra de Dios, con la celebración de los Sacramentos, con la oración personal como «grito» hacia Él —«Señor, ayúdame»—, y con actitudes concretas de caridad hacia el prójimo” (Papa Francisco. Ángelus 20 agosto 2017).



Dios siempre escucha nuestros ruegos, aunque no siempre nos concede las cosas que pedimos o de la forma en que lo deseamos o en el momento que deseamos, sin embargo, siempre nos concede aquello que es necesario para nuestras almas y nuestras vidas. Perseveremos en la oración y busquemos en todo momento que se cumpla su santa voluntad tal como hacemos al rezar el Padrenuestro: “Hágase Tu voluntad en la tierra como en el cielo...”

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿He rogado a Dios por la realización de un milagro frente a algo que me haya preocupado?

¿Tengo necesidad de crecer en la fe y fortalecer mi confianza en Jesús? ¿De qué forma siento esa necesidad?

¿De qué forma alimento mi fe cada día?

¿Qué me impide crecer en mi fe?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

¡Señor, socórreme!

Mateo 15, 25

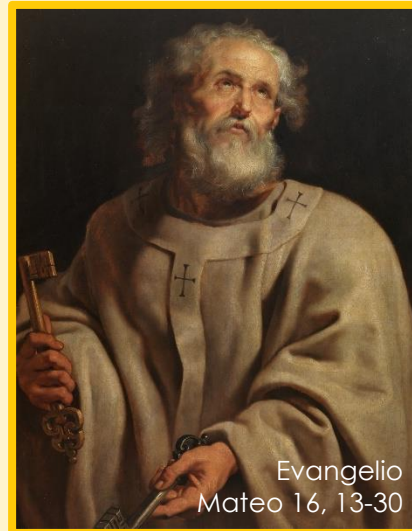
Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 27 de agosto de 2023

Santo Evangelio según San Mateo 16, 13-20

De camino hacia la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?” Ellos le contestaron: “Unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o uno de los profetas.” Jesús les preguntó: “Y Según ustedes, ¿quién soy yo?” Simón Pedro respondió: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.” Jesús le dijo: “Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder de la muerte no podrá con ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.”

Entonces mandó a sus discípulos que no dijeran a nadie que Él era el Mesías.



San Pedro. Rubens, Pedro Pablo
1610 - 1612

Una reflexión para la vida de familia

Continuando Jesús con su misión, llega con sus discípulos a la región de Cesarea de Filipo, situada a unos 104 km. al noroeste de Jerusalén, en la costa del Mediterráneo. Fue construida entre el 29-20 a.C. por Herodes el Grande en honor de Augusto César. Sus habitantes eran en su mayoría paganos, adoraban a muchos dioses entre griegos y sirios, especialmente al dios Pan, pero el culto más fuerte estaba dirigido al Cesar a cuya persona le habían edificado un templo de mármol. No obstante, con el tiempo Cesarea llegó a ser un centro importante para la iglesia antigua.

Jesús sabía que su momento de morir se acercaba y por ello durante su último año de ministerio buscó lugares lejos de las multitudes para estar a solas con sus doce apóstoles, ya que de estos dependía el continuar con la obra evangelizadora que había iniciado. Estando en Cesarea decide hacerles una pregunta muy importante: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?”. Nótese que antes de hacerle a ellos la pregunta directa en cuanto a quién es Él, decide preguntarles quién dice la gente que es Él. La pregunta tenía como objetivo que los discípulos se preguntaran quien era realmente Jesús, ya que habían pasado mucho tiempo con Él y era clave que ellos lo reconocieran como el ser que realmente es. Ante la pregunta ellos respondieron: “Unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o uno de los profetas”. Podemos darnos cuenta que las personas tenían muchas opiniones con respecto a quién era Jesús. Unos, impresionados por la vida austera y la muerte de Juan Bautista piensan que ha vuelto a la vida. Otros

que se trata de Elías, enviado a consagrar al Mesías (Mal 3, 23-24; Eclo 48, 10) y preparar el reino de Dios (Mt 11, 14; Mc 9,11-12; Mt 17, 10-11). Otros identificaron a Jesús con Jeremías, el profeta que quiso purificar la religión y fue martirizado por los dirigentes del pueblo. Otros ven en Jesús un profeta más.

Aunque algunas respuestas fueron algo ilustres, estas interpretaciones eran erradas ya que no lo identificaban a Jesús como el verdadero Mesías. Hoy ocurre exactamente lo mismo, no sabemos reconocerlo llevándonos a ignorarlo y a veces a sacarlo de nuestras vidas, por eso quería estar seguro de que sus discípulos sí sabían quién era Él, frente a esto, Jesús les preguntó: “Y Según ustedes, ¿quién soy yo?”, porque quería saber qué pensaban de Él y qué esperaban. De lo que sentían en su corazón dependerá su fortaleza o debilidad para soportar todo lo que va a significar su muerte en la cruz. Y de la respuesta que nosotros demos a la pregunta “¿quién soy yo?”, se seguirán las diversas formas de concebir y vivir la fe, sin embargo, solo la fe verdadera nos permitirá saber reconocer a Jesús como “el Mesías y el hijo de Dios vivo”, amarlo e ir tras Él.

Ante la pregunta, “Simón Pedro respondió: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Esta respuesta es una de las más importantes y poderosas declaraciones que una persona puede llegar a realizar en su vida, reconociendo la sustancia e identidad inherentes de Jesús. Sus palabras son el fruto de una gracia especial que fue alimentada por su fe y



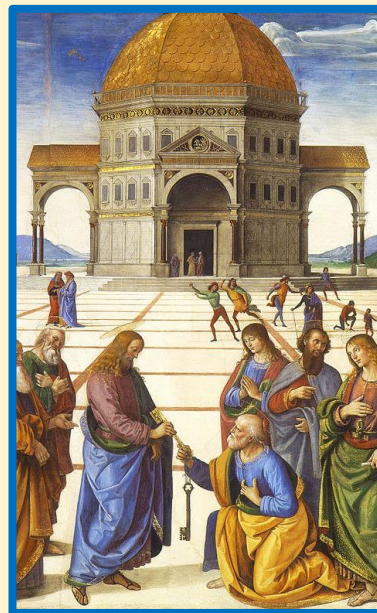
La entrega de las llaves. Rafael. 1515.

revelada por Dios a Pedro. Lamentablemente en aquella época muchos no lo reconocieron como el Mesías y lo rechazaron, sin embargo, en aquel día, Pedro comprendió que Jesús era más que un profeta, era el Mesías esperado, el Cristo. Hoy, aún existen personas que esperan al mesías, desconociendo a Jesús como tal. Que nuestra fe, alimentada por la oración y el encuentro

personal con Jesús, nos permita reconocerlo y seguirlo como el Mesías. Pedro también declara que Jesús es “el Mesías, el Hijo de Dios vivo”, esta declaración es muy importante porque nos dice que Jesús no solo es hombre, sino Dios al mismo tiempo. Se funden en Él dos naturalezas, la de hombre y la de Dios en su ser como una sola sustancia.

Después que Pedro declaró que Jesús era el Mesías, “el Hijo del Dios vivo”, “Jesús le dijo: Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos”. Por esa fe, Pedro, que significa roca, fue hecho vicario de Jesús: “Yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder de la muerte no podrá con ella”. No es la iglesia de Pedro, es la Iglesia de Jesús formada por la comunidad de aquellos que estamos unidos por una misma fe y le deja a Pedro la tarea

de conservarla en la unidad, por lo cual Jesús le dice: *Te daré las llaves del reino de los cielos*". Jesús le entrega las llaves del reino de los cielos a Pedro, dándole la oportunidad de abrir las puertas para que el mensaje del evangelio se predique y a través de la fe, muchos podamos entrar en él. También le dice: *"lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo."* En este sentido la Iglesia tiene la autoridad para pedirle a Dios en oración el respaldo que necesita para hacer su obra, *"podrá atar o desatar, es decir, podrá decidir o prohibir lo que considere necesario para la vida de la Iglesia, que es y sigue siendo de Cristo. Siempre es la Iglesia de Cristo y no de Pedro. Así queda descrito con imágenes muy plásticas lo que la reflexión sucesiva calificará con el término: "primado de jurisdicción"... El sentido último de este primado es que Pedro, para todos los tiempos, debe ser el custodio de la comunión con Cristo; debe guiar a la comunión con Cristo; debe cuidar de que la red no se rompa, a fin de que así perdure la comunión universal. Sólo juntos podemos estar con Cristo, que es el Señor de todos. La responsabilidad de Pedro consiste en garantizar así la comunión con Cristo con la caridad de Cristo, guiando a la realización de esta caridad en la vida diaria. (Papa Benedicto XVI. Audiencia General 7 de junio 2006).*



La Entrega de las llaves a Pedro.
Detalle. Pietro Perugino. 1480.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Quién digo yo que es Jesús para mí?

¿De qué forma estoy dispuesto, al igual que Pedro, de reconocer en Jesús al Mesías?

¿Cómo siento que está mi fe?

¿Cómo encuentra el Señor nuestro corazón? ¿Un corazón firme como la piedra o un corazón arenoso, es decir, dudoso, incrédulo? (Papa Francisco. 24 agosto 2014)

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia,
y el poder de la muerte no podrá con ella.*

Mateo 16, 18